

# 3

## poetas orureños

Tres poemas al Carnaval de Oruro



### Viernes de Ch'alla

Con estirpe de muerte  
la liturgia caía  
detrás de los licores clandestinos,  
más allá de los adormideras  
que estremecían las libélulas del deseo.

Con estirpes de muerte  
erigían los ídolos su amenaza de olvido,  
más allá de los tálamos infamantes  
y los breviarios que mentían  
su castidad y su pureza.

Con estirpes de muerte  
los cohetes preanunciaban yacientes primaveras  
cuando los dioses en la tarde baldía  
naufagaban de espanto y soledad.

¡Con qué sigilo las algas custodiaron  
salitres de pecado!  
¡Cómo se derrumbaron las eminencias  
calcáreas de los ritos!  
¡Cómo se levantaron las batallas  
de los génesis macabros!

Con estirpes de muerte  
las deidades nocturnas engrillaron al hombre  
en una expectación de miedo y regocijo  
sosteniendo en el mástil de la fe y el duelo  
su destierro inconcluso.

Héctor Borda Leaño.

### Mitos de Claustro

Detenida  
Estacionada en el peor lugar  
Suspendida en el instante más adverso  
Aquí mismo  
Para nosotros  
Simples amigos circunstanciales  
paseando por las calles  
Profundos mitos de claustro  
Desmesurado peso  
Refundando la vida  
En el traspatio olvidado del mundo  
Sobre la imaginaria caja enmohecida  
La máscara de moreno sonríe  
Desde su media legua de lengua  
Febrero anochecido a las puertas  
De la virgen de la Cantila  
Para probar  
En medio de llamas abrasadoras  
Que el fuego del Alba no quema tanto  
Como los bronce templados  
para la coraza del alma.

Benjamín Chávez

### La cara en la máscara

Cae la máscara sobre el rostro, la máscara que acaba fundiéndose en la cara. Un aire de eternidad el mito reconviene: la historia masculinando su irreverencia se yergue como un árbol a pesar de sus frutos. Incorporados danzamos y la muerte ha dejado de abrazarnos. Acaso todos agolpados tras la careta abarrotada, tras el rostro que no deja de encaramarse en la máscara, atravesando un puente de identidades magnánimas. La banda comienza a enardecer la mirada abrazada por los destellos; respiramos nuestro grito, nos respiramos, y al fundirnos en el hérito crece la certeza de un corazón fascinado:

¡Levantad los cetros!  
¡Levantad los cetros!  
¡Consumaos en vuestras devociones!

Con la matraca en alto y el cuerno en la siniestra, el paso nos conduce a nosotros, a nosotros que miramos, allá en la Plaza del Socavón, la Nusta del Santuario.

Danzad para ahuyentar los maleficios, para anudar el día y la noche, danzad que la tristeza no deja de fundar una esperanza subversiva, un interregno de placer donde la voracidad de lo desconocido nos erige en un poema heroico:

Ah hombros culposos  
resistid el peso  
del monumento artesanal,  
no dejéis que el viento venoso  
os derrumbe  
tiemble el cielo  
y no el sueño de las prosternaciones.

Hemos aprendido a vivir transitando estas reconditeces. Algo de coca, vino, mineral y sangre nos desvela. Mientras las tubas salmodian imbatibles melodías, la boca recita fervorosas promesas. La vida y la muerte, el pasado y el futuro, el cuerpo y el espíritu, el cielo y el infierno se agitan en el sudoroso semblante. El cuerpo cimbreante ya no nos pertenece, sus apellidos se consuman en la vahemencia plural. Resplandor y deseo nuestro tránsito. El sudor nos recuerda que también somos un río de recónditos orígenes. Mas la herida fulgura y sus bellos cantan la canción de los desposeídos.

Nacemos y morimos mientras la máscara nos luce impertérritos frente a la muchedumbre. Sí, alguien nos mira agitándose con matracas y látigos, con corpulencias inéditas labradas por la historia: caras de negros, rumorosa rebeldía de guñapos, proceloso gamido de los condenados. Y rotar los ojos trescientos sesenta grados para avizorar algún universo mayor, y rotar trescientos sesenta grados el cuerpo para saber qué ovaciones ostentan los suspiradores sacros. Y si hay devoción y aguardiente y lo otro, el íntimo incólume se prosterna máscara a la redonda.

Soy el liberto mayestático, el achachila erotizando su jadeo entre dos reinos, soy el sueño que suda la máscara y se perla en su denodado tránsito, soy la comba en que se instauran preces angustiadas. Pero también soy el cuerpo que asciende cual sustancia intocable hasta rematar en un sol rotundo sobre la barroca faz de la careta. Casi loando en el abismo soy mi propio cómplice, mi propio caporal, mi propio pasado que me pervive.

Algún trópico acusa este fervor, negra piel trastrocada en cobriza voz que no se apaga. Pesadas cadenas atadas a los huesos de nieblas coloniales. Oscuros hisopos salpicando de sangre el negro de la mita, ingrinas duenderas sonsacándoles infinito a la tambora, y de oscuro vino los sentidos albrician el levitante néctar de la coca. ¿Qué impenitente mirada hizo resucitar del malamado corazón nocturnal este cuerpo que se agita con paso lento sobre el pavimento vespéral?

Por la ranuras de la máscara espío la exultación del prójimo. El escarceo de su humanidad empuñando otro cetno de hirsuta algarabía. Y el deseo que maquilla sus ficciones, para abrirle con puñal de obsidiana el pecho al protocolo. Santiguándose la panza los corifeos de la fanfarria, agitan las flámulas, reinventan su carne manchada por la rutina y dan de comer y beber a quienes les dan de comer y beber con un sonido de trompeta y un olor a eternidad.

Entre la cara y la careta hay una jeta de distancia. Me hundo en la licuefacción de los sentidos. Lenguas de fuego que se aferran a lenguajes de juego, las botas han crecido hasta ahorcarme, un aliento tibio y turbio es traspasado por el aliento de una idea: La plenitud es la mejor venganza contra la muerte.

"Carnaval de Oruro lo mejor del mundo"... mi voz estalla en un ¡carajo! Venal sopor como una alegoría, mientras el jadeo remonta el suspiro, el socavón rítmico el alma de la respiración el corazón / la matraca / el paso y el pestaño ebno de la tarde. La fiulla es un don para quien enciende velas al crepúsculo. Y entre oblaciones, ovaciones, filaciones, confusiones y delectaciones, como un brujido astro cuyo asunto es este mundo, la banda Poopó, Poopó, la banda Poopó, Poopó.

Cascadas de terciopelo o piel de lobo y tempestades de seda junto al ancestral tejido de voces, bordada la lejanía en el fervor del deseo, el alma en ristre, la piel en vuelo: y yo, furioso, pleno de mí mismo, tras las mostacillas y las perlas apócrifas forjándome el instante, ¿qué soy dentro este portentoso animal pintiparado y destellante, qué negro lacónico, qué mestizada fe, qué viento subversivo?

Entrando al templo la Virgen Morena me guía  
Afuera la estrella de la mañana refleja un atardecer antiguo  
Cae la máscara  
Y alguien retoma con la mirada inocente  
Al corazón del silencio.

Edwin Guzmán Ortiz

Héctor Borda Leaño - 1927. Ha publicado El sapo y la serpiente (1965), La ch'alla (1967), Con rablosa alegría (1967), En esta oscura tierra (1972), Mineros. Poemas desbandados, Antología mínima (1997).

Edwin Guzmán Ortiz. 1953. Ha publicado Delirios (1985), La trama del viento (1993) y Juegos fatuos (2007).

Benjamín Chávez. 1971. Ha publicado Prehistorias del Androide (1994), Con la misma tijera (1999), Santo sin devoción (2000), Y allá en lo alto un pedazo de cielo (2003), Extramuros (2004) y Pequeña librería de viejo (2007).